

Cuando Miguel, actual director de nuestro Mariana Pineda me comentó la idea de contar en un par de folios las vivencias de mi última década en el instituto, aparte de aceptar, pensé que sería fácil, gran error el mío. Lo primero que te encuentras al empezar a recordar es que te estás haciendo viejo, de pronto tomas conciencia de que muchas cosas se olvidan, se confunden, incluso no las colocas correctamente en la década que le corresponde. En todo caso son recuerdos por lo general muy agradables.

Tras un pequeño rato recordando cosas de esos años, empiezo a descubrir que era feliz en el Mariana. Digo esto por ser absolutamente cierto, aun más, aceptando la felicidad como algo corto en el tiempo y reducido en el espacio, puede incluso limitarse a una agradable sensación, tal vez una sonrisa y en ocasiones una sonora carcajada. En todo caso aclaro que ahora también soy feliz y trabajo menos, digo esto para evitar suspicacias.

No se puede decir que todo fueron risas y más risas, algunas lágrimas también las hubo y creo que la mejor manera de contar mis recuerdos es empezar por las lágrimas. Aclaro que estas lágrimas fueron abundantes pero acompañadas de una lección única.

Hace algunos años teníamos en el Mariana un grandísimo jefe de estudios, tan temperamental como buena persona. Me complace enormemente calificarlo de amigo pues lo cierto es que lo éramos y mucho, Antonio Carvallo murió de una maldita enfermedad dejando un gran vacío entre sus amigos y compañeros. Pasado un tiempo José Manuel García compañero de departamento y también gran amigo de Antonio, propuso poner el nombre de Antonio al laboratorio de Biología, cosa que se aceptó. El día del descubrimiento de la placa del laboratorio ocurrió algo sorprendente que me dejó un recuerdo inolvidable.

En el tiempo en que Antonio fue jefe de estudios, tuvimos un alumno rebelde y difícil llamado también Antonio, siendo célebres los atranques de ambos Antonios, uno para corregir conductas y el otro para negarse. En el descubrimiento de la placa entre los asistentes estaba el alumno Antonio y con una sincera tristeza me dijo que había venido porque Don Antonio si que lo quería y se preocupó por él. Sabemos que los alumnos reconocen lo bueno que hacemos por ellos pero en este caso fue emotivo hasta el infinito.

Mirando diez años atrás y con la perspectiva de ahora, no me queda más remedio que decir la famosa frase de “cómo pasa el tiempo”. Qué decir de una institución como el Mariana Pineda, quizás la frase más justa sea que me he sentido orgulloso de pertenecer a una plantilla de profesores y alumnos de recuerdo inolvidable, con mucho bueno que recordar y muy poco que olvidar. Tengo que decir que incluso el apodo último que tenía era simplemente bonito, que los alumnos te identifiquen como el tite Juan me parece entrañable y cariñoso. Igualmente uno de mis mejores recuerdos es el cariño de los/as alumnos/as. Ser respetado sin amenazar con partes ni con bajar notas, es algo de lo que me siento particularmente orgulloso.

Cuando llegué al Mariana encontré una plantilla de profesores de mediana edad, algunos mayores pero no muchos, esto facilitó pasar unos años con prácticamente la misma plantilla, con el paso del tiempo y sobre todo en los últimos diez años, las jubilaciones y el lógico cambio de compañeros ha sido constante, muchos nombres y muchas vivencias incluso de amistad. Recordar el grupo de los auto-denominados “pendones”, formados en esencia por Adela Maldonado, Diego Torrecillas, Antonio Montes, Luis Montero, María Cruz Torres y un servidor, contando con algunas apariciones algo más esporádicas de Emilia Carazo, Conchita, etc. Sin olvidar algunos consortes como Miguel Novo compañero del Rasillo o Rafa, en cualquier caso unas personas para llevar en el corazón y el recuerdo para toda una vida.

La última década vivida en el Mariana tiene varios componentes, los equipos directivos no cambian mucho. Un poco de tiempo de José Manuel García Montes y Manolo Ruiz y casi toda la década Juan Gámez, con un magnífico equipo que dio estabilidad y continuidad al instituto.

Ha sido una época para mí muy buena, aceptando los distintos pareceres de otros compañeros. De todos es sabido que una botella ocupada en la mitad de su volumen, se puede interpretar como medio llena o medio vacía.

Frente a esta estabilidad del equipo directivo, tenemos un cambio constante en la plantilla de compañeros. Las causas de esta movilidad son obviamente las jubilaciones, el famoso concursillo y algunas plazas ocupadas por profesores definitivos y en otro caso interinos. Digamos que vienen profesores de perfiles muy diferentes, los definitivos que llegan por concurso de traslados ordinario solían ser profesores de gran experiencia con la jubilación cercana, los interinos o por concursillo son profesores en general más jóvenes, que no es ni bueno ni malo, de todos es sabido que todo proceso de juventud es corregido de forma inexorable por el paso del tiempo.

Esta diferencia de perfiles dan una nueva vida al centro haciéndolo diferente, es obvio que la jubilación de compañeros con los que has convivido durante años te deja cierta melancolía. Como olvidar a Fina Pascual, Julio Mancera, Laly y Carlos Sánchez, Laura, Honorio, José Manuel, Diego Torrecillas y no sigo dando nombres pero que están en mi más profundo recuerdo.

También es verdad que el centro sigue su camino, pues mantener una charla con Paco Gilabert en su departamento a los ocho de la mañana, con un cielo rojo sangre y el Veleta blanco en el fondo o que te dedique un libro de poesía Antonia López, no tiene precio.

No es mi intención parecer el nostálgico abuelo cebolleta, pero es cierto que echo de menos a los compañeros de este instituto, aprender de ellos y con ellos fue un placer difícil de superar. No quiero decir con esto que esta comunidad fuera idílica, pero si mantengo que en líneas generales había una plantilla de gran nivel. Considero que una de las mejores características del Mariana Pineda ha sido el gran respeto entre compañeros y un buen grado de afectividad entre nosotros, al menos es el recuerdo que más claro tengo. Entrar a primera hora y empezar el día con risas diciéndole a los compañeros/as cuando tocaba el timbre, “vamos hijos míos, a defender la paga”, producía una algarabía graciosa, este hecho se repetía con cierta asiduidad y siempre mejoraba el ánimo para pasar un día más.

Poco más puedo decir sin caer en la repetición, tan solo mencionar la frase que mi compañera del alma Mari Carmen me dijo cuando mi jubilación fue inminente. “Juan siento que me dejas huérfana”. Creo que con esa frase no hay que explicar nada más. Esto determina mis recuerdos y sentimientos a un instituto que ha sido mucho más que un centro de trabajo.

Granada 24 de Enero 2019

Juan Manuel Vicente Ferrer